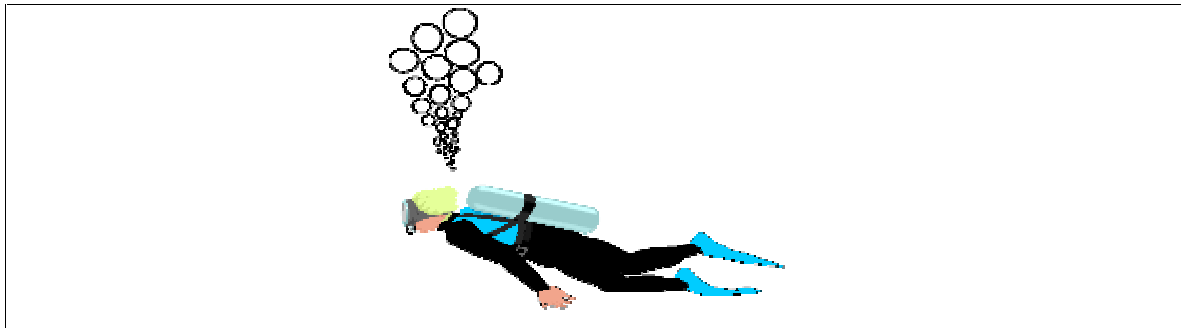




Neuquén, 5 de abril del 2005

NOTA 4:



Estimados AMIGOS BUZOS:

*En esta oportunidad quiero compartir una pequeña historia que había leído hace muchos años y que siempre ronda mi mente cuando voy a lugares que antes no conocía. Creo que habrá en Uds. un **antes** y un **después**, luego de haberla leído. Aquí va el relato que quiero ojalá los emocione como a mi, y como es costumbre, espero que les guste.-*

“En una oportunidad, programamos con un amigo un buceo frente a un pueblito de pescadores llamado «Ayangue» (Ecuador). Como los preparativos fueron escasos, no tuvimos tiempo de contactar con el barco que nos llevaría a nuestro destino. Por lo tanto tuvimos que buscar en el pueblo embarcación y capitán.

Nos encontrábamos en eso, cuando se me acerca un viejito ofreciéndonos sus servicios. Tendría aproximadamente unos 70 o 75 años, de piel curtida y ajada por las faenas de su profesión de pescador. Muy quemado por el sol, de mirada confiable pero segura a la vez. Le pregunté si me podía mostrar su embarcación. Cuando lo hizo, mi compañero me miró y en tono muy bajo me dijo al oído:

- **«Guillermo, nos ahogamos»**

Yo me reí en silencio y traté de venderle la idea a mi compañero de lo atractivo que podría ser el nuevo giro aventurero que tomaba nuestro buceo. No muy convencido, mi compañero le preguntó al viejito si conocía el lugar al que queríamos ir. Con cara sonriente le contestó:

- **«Sí, lo conozco, pero si me lo permiten los llevo a un lugar que no lo van a olvidar nunca por lo bello que es»**

Alma de buzo, también de aventureros, nos miramos y aceptamos. Embarcamos el equipo y zarpamos en su no menos vieja lancha de pescador. El bajo quedaba lejos de la costa. A decir verdad, cuando llegamos al lugar, yo no veía la costa. Mi compañero me miraba con ojos de reproche. El viejo, bajó la marcha del motor y muy lentamente comenzó a dar vueltas muy suaves con los ojos perdidos en el horizonte.

Yo pregunté:

- **«¿Está seguro de donde nos encontramos?»**

Él, se rió y no me contestó. En el fondo me sentí un aprendiz. El eterno:

- **«Ver para creer»**

De pronto apagó el motor y en medio del silencio, en medio de la nada, sentenció:

- **«Aquí es»**

Yo, no lo podía creer. Ni gaviotas veía. Luego, tomó el remo de madera, lo introdujo en el agua verticalmente, apoyó su oído en él y volvió a decir:

- **«¡Sí, sí, aquí es!»**

Y lanzó el ancla al agua. A todo esto, mi amigo y yo, estábamos pensando que habíamos cometido una imprudencia. Yo pensaba:

- **»¡Soy un inconsciente!**

Quién me manda a mí a contratar a este delirante. ¡Ahora se pondrá el ancla en la cabeza y me dirá que es Napoleón!» Decidí enterarme más de esta situación y le pregunté (rogando que no me conteste, que a través del remo, su Papá que se murió hace mucho... en fin, esas cosas folclóricas del lugar)

- **»¿Qué está haciendo?»** Y muy tranquilo me dijo:

- **»Las Piedras Cantan Don Guillermo»-** Y me desconcertó.

- **»¿Cómo?»**

- **»¡Sí, las piedras cantan! Y cuando cantan es porque llegamos al lugar indicado»**

Totalmente intrigado, tomé el remo y realicé la misma operación que el viejo, y ¡OH Sorpresa!, Escuché un tintineo. Como campanitas perfectamente audibles y claras. Por la marea el barco se movía levemente. Cuando cambiamos de posición, el sonido paró. Efectivamente, estábamos encima exactamente del bajo que buscábamos. Era rocoso. La turbulencia del agua golpeando las rocas en el fondo es perfectamente audible a través de un remo de madera.

Actúa como un teléfono y el sonido es claro y fuerte. Increíble. (Hagan la prueba, se lo recomiendo) Mi compañero y yo, nos equipamos y saltamos al agua. Mis queridos amigos, no tengo palabras para describir el lugar. Un lugar maravilloso y de unos colores espectaculares.

Lleno de vida de todo tipo. El sol penetraba el agua con facilidad y la armonía se hacía presente en todos los rincones. Vimos tortugas marinas, langostas, meros, pargos, robalos, una manta raya gigante. El lugar era tan apasionante que nos encontrábamos en una especie de éxtasis. Mi regulador se puso duro y eso me volvió a la realidad. Sólo 200 libras. Había que subir. Nunca pude regresar al mismo lugar.

Al año siguiente me enteré en el pueblito que el viejo había muerto. Cuando pregunté por el bajo, nadie lo conocía, y los que intentaron llevarme, más por ganarse el viaje que para buscarlo realmente, jamás lo encontraron. Nos quedó grabada la frase del Viejo y lo bien que lo habíamos pasado en ese buceo. Mis amigos la usan. Cuando pregunto como les fue en tal o cual inmersión, me contestan:

- «En ese sitio, Las Piedras Cantan»

Y yo ya sé que el buceo fue un éxito. Hoy, esa frase forma parte de mí. En honor al viejo que me enseñó a tener confianza en la experiencia de los demás, la repito para elogiar un buceo, un lugar o una amistad.”

El nombre del autor es Guillermo E. Loedel Palacio.

Buzo desde hace muchos años. Hace más de 20 que reside en el Ecuador, un país maravilloso con gente realmente valiosa y buena. En el Océano Pacífico y con grandes extensiones de playas

y lugares de buceo, posee una de las reservas ecológicas más grandes e importantes del mundo:

«El Archipiélago de Colón», o «Islas Encantadas» o como se las conoce más popularmente, «Islas Galápagos»

